

Perspectivas de la cooperación científica, técnica y cultural con la Cuenca del Pacífico

Javier Barros Valero

En las postrimerías del siglo XX, en la última década del milenio, vastas y profundas transformaciones se operan en el panorama internacional. Se trata, sin duda, de una era de retos formidables. Cambios económicos, políticos, sociales y culturales, impensables hace sólo unos meses, se gestan y suceden con una celeridad que no tiene parangón en la historia reciente. Con rapidez sorprendente se modifican el comercio, las telecomunicaciones, los mercados financieros, los transportes, las corrientes migratorias y aun la conciencia y las políticas de preservación del medio ambiente.

A las complejas relaciones de interdependencia y a la aceleración de las innovaciones tecnológicas, se suman la búsqueda por pueblos enteros de nuevos valores fundados en la libertad y la democracia, y la expansión de las economías de mercado.

La definición del panorama geopolítico y del comercio mundiales nos obligan a buscar nuevas fórmulas de colaboración para resolver favorablemente las desigualdades que amenazan con violentar la todavía precaria estabilidad mundial.

La sociedad y las naciones debemos redefinir nuestros planteamientos y expectativas y preguntarnos seriamente qué queremos, cuál es el mundo al que aspiramos y cómo seremos capaces de instaurarlo. O aprovechamos estos cambios, anticipándolos, e influimos en su curso, o seremos arrastrados como meros objetos de la historia.

Vivimos un periodo de pruebas crecientes, una época de contradicciones marcadas a un tiempo por la distensión y las turbulencias, por la disposición al diálogo y los desequilibrios financieros, por la internacionalización de las demandas libertarias y el surgimiento de bloques cerrados de intercambio comercial. El movimiento ge-

neral de la historia nos lleva hacia nuevas formas de asociación política y económica. Surgen nuevas alianzas y se concretan y desarrollan nuevos mercados. Las comunidades nacionales se ven inscritas en un intenso proceso de interrelación e interdependencia.

Actuamos en un mundo cada vez más integrado, que es, al mismo tiempo, multirracional y heterogéneo. La tierra se ha empequeñecido; el tiempo se comprime y los espacios se estrechan. Desaparecen las fronteras tal como hasta ahora las habíamos entendido, y vemos reacomodarse las estructuras de la sociedad planetaria en su conjunto. Se replantean las zonas de influencia y se consolidan nuevos polos de crecimiento. Las relaciones económicas mundiales desempeñan, ya, un papel determinante en este proceso y muy pronto habrán de influir en las relaciones políticas.

Ignoramos, no obstante, casi todo de las formas que adoptará el futuro, salvo que, muy seguramente, implicará la integración de los países en entidades de escala continental de consumo, como Europa y Norteamérica, y economías regionales en los nuevos sistemas de producción. La velocidad, la profundidad y el alcance de estos cambios es tal que se hace necesaria una nueva mentalidad para enfrentarlos, comprenderlos y actuar sobre ellos. Porque no obstante la tendencia generalizada en favor de la cooperación y el diálogo, pueden generarse graves conflictos sino se encuentran fórmulas adecuadas que atemperen los antagonismos e inequidades que se perfilan en la esfera económica.

Es en este contexto donde se sitúa la trascendental importancia de la Cuenca del Pacífico, una de las zonas de más intensa actividad e influencia en las relaciones mundiales de hoy día.

La Cuenca articula litorales de las cuatro naciones más extensas del mundo: la URSS, Canadá, China y Estados Unidos; de los países con las economías más dinámicas del orbe: Japón y las llamadas naciones de industrialización reciente Taiwán, Hong Kong, Singapur y la República de Corea; las idílicas islas de la Polinesia, Melanesia y Micronesia; Australia y Nueva Zelanda; los países del Sureste asiático: Indonesia, las Filipinas, Malasia; la vasta e inexplorada Antártida; y, más cerca de nosotros, Centroamérica y las naciones que conforman el Pacífico sudamericano: Colombia, Ecuador, Perú y Chile. Esta enumeración bastaría para dar una idea de la pluralidad de pueblos y culturas que la conforman.

En efecto, la Cuenca es la región del mundo que contiene la más amplia variedad y riqueza étnicas y los mayores recursos naturales, tanto marinos como terrestres, del globo. En su ámbito interactúan las naciones con mayor superávit comercial en el planeta y en ella ocurren, con velocidad y amplitud inusitadas, procesos de reestructuración y despliegue industrial y una nueva división internacional del trabajo a nivel regional que definirán el perfil de las próximas décadas.

Por el dinamismo de su economía, caracterizada fundamentalmente por la formidable movilidad de los recursos financieros, de crédito y de valores, por su impresionante auge informático y tecnológico y sus grandes mercados de expansión, es evidente que la Cuenca del Pacífico desempeñará un papel protagónico en los procesos que vertiginosamente transforman el escenario internacional.

Pese a la diversidad de intereses, tamaños, tipos de gobierno, niveles de desarrollo y sistemas económicos de los países que conforman geográficamente el área, y a la existencia de focos de conflicto potencial (militarismo, expansionismo, etc.), existe, hoy, la voluntad manifiesta de los miembros para ensanchar la cooperación y los intercambios.

La región es ya la principal fuente generadora de crecimiento económico, tecnologías de punta, intercambio comercial y flujos de capital en el mundo. Las transacciones generadas por los países ribereños del Pacífico representan la mitad de los tratos comerciales del globo. Se trata de una zona de enorme complejidad y no será fácil la conciliación de las distintas posiciones. En la Cuenca coexisten las dos potencias industriales

más grandes, las dos principales naciones de economía planificada, así como países de industrialización avanzada y reciente.

Nuestro gobierno observa con atención los procesos que allí ocurren, consciente de su potencial, de la magnitud de los retos y de las oportunidades que entrañan. La política exterior de México está enfocada hacia el aprovechamiento, por su importancia, de la Cuenca en beneficio del desarrollo del país.

Llevamos a cabo una activa gestión diplomática para incrementar la presencia de lo nuestro en los países de la ribera asiática del Pacífico. Dinamizamos nuestra participación en los diferentes foros de análisis y concertación regionales, en especial en la Conferencia de Cooperación Económica del Pacífico (CCEP).

Tenemos el compromiso de desarrollar programas de cooperación internacional acordes con las prioridades de nuestra política exterior. Así, precisamente en el marco de la CCEP, nos interesa concretar esquemas de cooperación para el fomento de programas de extracción y comercialización de productos minerales y energéticos; el desarrollo de la industria petroquímica y la siderurgia; la investigación y la capacitación comercial, financiera y crediticia; el incremento de la productividad pesquera (la Cuenca es la región de mayor importancia en el quehacer pesquero mundial), ganadera y agrícola, y de lo que se conoce como el proyecto "triple T": los transportes, las telecomunicaciones y el turismo.

Buscamos un ordenamiento más justo de los programas internacionales de cooperación, beneficiándonos de la revolución tecnológica mundial, combatiendo el proteccionismo y garantizando la propiedad intelectual de las patentes.

Hemos optado, como lo ha dicho el presidente Salinas de Gortari, por la fortaleza y la seriedad en nuestros planteamientos. Estamos conscientes de que, de otro modo, no podremos enfrentar con éxito los complejos y formidables desafíos que se desprenden del nuevo entorno internacional.

En el área se localizan los dos mayores socios comerciales y financieros de México, Estados Unidos y Japón; países con los que realizamos más del 80% de nuestras transacciones económicas, pero sólo el 7% de nuestro comercio total se hace con otros países asiáticos y de Oceanía.

Por ello, el gobierno de México tiene gran inte-

rés en estrechar las relaciones económicas y científico-técnicas, primordialmente, con el nordeste y el sureste de Asia. Luego abundaré sobre este punto.

Si queremos lograr un acercamiento efectivo con las economías de la región, dinamizando nuestras relaciones y diversificando nuestros nexos comerciales, tenemos que apoyar el comercio exterior a fin de movilizar recursos externos complementarios, favorecer la competitividad de las empresas nacionales, estimular las inversiones en los renglones de cómputo e informática, y promover decisivamente nuestra capacidad empresarial con objeto de desarrollar las posibilidades de interacción y complementación de nuestra economía.

Somos un país estable, con un mercado que al finalizar el siglo habrá llegado a los cien millones de personas cuyo poder adquisitivo, de tener el esperado éxito los programas que hemos emprendido, mejorará sensiblemente. No será, sin embargo, una tarea fácil el fortalecimiento sostenido de las relaciones comerciales, económicas, políticas, culturales, empresariales y académicas con los países de la región.

Si bien con muchos de ellos nos une una larga tradición de contactos y mutuas influencias culturales, en la actualidad existe muy poca, y a veces nula comunicación. Los intercambios entre México y la región del Pacífico se dificultan conforme el país de destino gana en distancia respecto del nuestro, por los elevados costos del transporte internacional de bienes y personas; complicaciones adicionales las constituyen las diferencias idiomáticas. En general, se recurre al inglés como lengua de intercambio, excepción hecha, claro está, de América Latina.

Un segundo impedimento es la ausencia de representación en algunos de los países del área, o bien la tendencia a situar la reciprocidad como un diálogo exclusivamente sostenido entre las respectivas capitales, sin impactar —la mayoría de las veces— a otras ciudades principales donde, incluso, ya se ubican consulados mexicanos. Es evidente que un renglón a desarrollar será el mantener más y mejor informados a los cónsules honorarios en la zona acerca de la cultura del país al que apoyan —el nuestro en este caso—, así como de las posibilidades de cooperación mutua.

Vamos a iniciar un proceso permanente de intercambio de información con todos los países

de la Cuenca. Habrá que realizar un esfuerzo compartido de difusión a través de los medios masivos de comunicación: radio, televisión, letra impresa, cine, para dar a conocer esas regiones en nuestro país y, complementariamente, difundir allá una imagen fehaciente de México. Una política esencial en este sentido es el intercambio de personas, de estudiantes y estudiosos de los países respectivos, a fin de abrir canales permanentes de comunicación. Tenemos que ser capaces de estrechar los lazos que nos han unido y de crear otros nuevos. Una acción concreta, fundamental para lograr el acercamiento entre nuestros pueblos, la constituye la enseñanza mutua y sistemática de nuestras lenguas y civilizaciones.

Sería deseable la proliferación de los estudios orientales en México: simultáneamente, haremos un esfuerzo para inducir la enseñanza del español y de lo mexicano en esos países. Hasta ahora, lo repito, la lengua ha sido un impedimento en la concreción de contactos. Debemos aprovechar la historia hacia el futuro. Localicemos las zonas de afinidad e intereses comunes para vincular proyectos viables.

Tendremos que saber precisar innovaciones tecnológicas útiles y negociar su transferencia o su adaptación a México, ya sea en forma de tecnología o como inversión extranjera, o como ambas. Un campo específico debería ser el establecimiento de centros capaces de detectar tecnologías de punta en el Japón, en San Francisco, en Taiwán, por citar algunos ejemplos, y pactar su traslado.

Para aprovechar la riqueza potencial de la Cuenca, y establecer vínculos permanentes y fructíferos, debemos realizar esfuerzos adicionales para conocer a esos países y darnos a conocer mejor entre ellos. Debemos poder plantearnos horizontes a largo plazo, diseñar una estrategia bien definida y pragmática y ser competitivos, a fin de incorporar eficazmente al país en los proyectos que se conciben y ponen en práctica en la región.

Pugnamos por la sólida internacionalización de la economía mexicana. Para ello, hay que ofrecer condiciones favorables para la inversión doméstica y foránea; acrecentar el intercambio en proyectos comerciales; fomentar la implantación de esquemas propicios de cooperación, para conseguir una mayor y mejor tecnificación de nuestra estructura productiva; incrementar y di-

versificar las exportaciones de productos mexicanos y fortalecer nuestra planta industrial buscando competitividad en los mercados mundiales; impulsar el desarrollo turístico con el concurso de inversionistas privados, así como desarrollar programas conjuntos para el mejoramiento ambiental en zonas urbanas e industriales.

Vamos a iniciar tratos y hacer negocios con culturas radicalmente distintas de la nuestra; a establecer contacto con gente que tiene otros intereses y otra historia, que habla diversas lenguas y que es poseedora de otra manera de ver y entender el mundo. Debemos sacar provecho de las ventajas comparativas de nuestra economía, para expandir nuestros mercados y lograr economías de escala.

Es indispensable prepararse para asumir estos retos, uniendo el diseño de nuevas fórmulas de colaboración con una activa práctica diplomática, comercial, turística y cultural destinada a ampliar los vínculos que nos interesan.

Pero tengámoslo presente, la Cuenca del Pacífico no es una panacea. Es, sí, una especie de apremiante laboratorio donde se definen y aplican los rumbos venideros de la cooperación y el intercambio internacionales. No obstante, es sólo una de las cuatro o cinco regiones en que habrá de dividirse económicamente el mundo.

En el aspecto cultural, la Cuenca es un venero en que confluyen varias de las más importantes civilizaciones que han conformado el rostro de la humanidad por milenios. Con varios de ellos somos pioneros en la transacción transpacífica. Pero hasta ahora, México sólo ha mantenido, en el ámbito asiático de la Cuenca, relaciones importantes en materia educativa con Japón y la República Popular de China. Con el resto de los países los nexos han sido más bien modestos o francamente nulos.

Es evidente que, por la importancia que nuestro país otorga a la inserción en esta zona, resulta fundamental ampliar los lazos que se han iniciado en los ámbitos comercial y político con contactos profundos en los terrenos cultural y educativo.

Por ello y sin otorgarle, por lo tanto, mayor relevancia a que exista o no programa de intercambio o a que se produzca o no reciprocidad de manera inmediata, el gobierno de México ofrecerá becas a prácticamente todos los países del área con los que mantenemos relaciones diplo-

máticas. Ofreceremos dos becas por país, esperando que exista interés de sus nacionales por viajar a México y conocer con lo que contamos en materia de educación y cultura.

Los vínculos culturales entre México y Japón tienen su origen en el siglo pasado, en 1888, año en que se firmó el primer Tratado de Amistad y Comercio entre ambas naciones. Desde entonces la cooperación cultural y educativa no ha dejado de desarrollarse y en la actualidad ofrece amplias perspectivas. Destaca el rubro de becas, en el que Japón ha apoyado de manera significativa a más de dos mil estudiantes mexicanos en los últimos años.

En lo que se refiere específicamente a la cuestión artística, los intercambios: visitas de solistas o grupos musicales, compañías de teatro, presentación de exposiciones, etc., que siempre han sido buenos, se han mantenido constantes. Aquí también repercuten negativamente la distancia y los costos pero la disposición de ambos gobiernos de estrechar los vínculos nos ha permitido disfrutar de muestras y espectáculos artísticos espléndidos generalmente. Un ejemplo de ello es la extraordinaria exposición de los hallazgos de Yaxchilán, que a partir de agosto próximo se presentará en varias ciudades japonesas y que culmina una muy fructífera colaboración científico-cultural entre nuestros países.

Con China el intercambio de presencias culturales no ha dejado de manifestarse. En estos días, para ser más exactos el 15 de febrero, se inaugura una notable exposición de pintura clásica china en nuestra ciudad. Debemos mantener un contacto sustancial con dicho país, por su importancia geopolítica y la riqueza de su tradición cultural.

También ha sido buena nuestra cooperación educativa y cultural con la URSS, y muy seguramente mejorará en el futuro. Y con respecto a Estados Unidos, cuya costa occidental da al Pacífico, nuestra presencia se incrementa poderosamente, por el creciente interés que por lo nuestro manifiestan cada día en Norteamérica y por el papel relevante que en dicha sociedad adquiere la comunidad mexicano-estadounidense.

Nuestra relación con Latinoamérica, por otra parte, deberá ser cada día más estrecha y más fluida. La integración de nuestras naciones deberá darse, antes que nada, en los ámbitos artístico, cultural y educativo, puesto que pertenecemos a un mismo tronco común.

En las demás naciones del área la presencia cultural de nuestro país tendrá que acrecentarse. El arte y la cultura son, entre todas las manifestaciones humanas, las que quizá de un modo más inmediato y tangible contribuyen a la comprensión y al acercamiento entre los pueblos.

Resumiendo, puedo decir que con objeto de mejorar la imagen de México y aumentar en calidad y volumen la presencia de nuestro país en los países de la Cuenca, desarrollaremos una diplomacia cultural más activa, con base, fundamentalmente, en el seguimiento de pertinentes circuitos itinerantes para abatir costos y amplificar resultados.

Para atender las prioridades del gobierno federal en materia de cooperación científico-técnica, a saber: agua y medio ambiente, telecomunicaciones, biotecnología, combate a la pobreza extrema, nuevos materiales, y la formación de recursos humanos, la Secretaría de Relaciones Exteriores lleva a cabo varios programas con distintos países de la Cuenca. Uno de los más importantes es el que se tiene, de nuevo, con Japón. En los últimos años el programa ha adquirido significación y profundidad. Actualmente existen 24 proyectos en ejecución y 28 en negociación. En 1988 concluyeron con éxito 5 proyectos en telecomunicaciones, recursos minerales, ingeniería portuaria, energéticos y uno de electrificación de vías férreas a largo plazo.

Existen razones obvias por las cuales la colaboración con Japón es preponderante: es una de las grandes potencias industrializadas y el volumen de sus transacciones representa dos tercios del total comercial de la región. En general, los proyectos de cooperación están apoyados por el gobierno japonés, pero fundamentalmente el programa es producto de una centenaria historia de relaciones cordiales.

Entre los proyectos de mayor envergadura se encuentra el del Centro de Prevención de Desastres Sísmicos, que implicará la aportación de cerca de 10 millones de dólares por parte del Japón y en el que, además de la asesoría de expertos, se financia la construcción completa de un edificio y la adquisición de equipo importante de investigación sísmica.

También es interesante el proyecto que llevan a cabo la Comisión de Fomento Minero y la Secretaría de Agricultura para desarrollar cultivos intensivos de hortalizas en zonas áridas, en pequeños terrenos cercanos a las minas, con tec-

nología japonesa.

Podemos afirmar que un campo que adquirirá gran importancia es el impulso de las maquiladoras en México. Asimismo, los problemas del medio ambiente representan un tema de interés central tanto para nuestro país como para el gobierno de Japón. Mucho es lo que deberemos desarrollar en el futuro desde todos los puntos de vista: aparatos de medición, normas de control, aparatos de filtrado y hasta el cotejo de nuestras normas para emergencias ambientales, que está muy vinculado con el concepto de aviso oportuno en caso de desastre.

Nos interesan también la cooperación en las áreas de telecomunicaciones y microelectrónica, que será fundamental en el futuro; la formación de recursos humanos, y la ampliación del programa de intercambio de jóvenes técnicos en nuevas modalidades, con la que esperamos llegar a la cifra de cien intercambios anuales.

En lo que respecta a la cooperación con China, debemos desarrollar rápidamente algunos campos prioritarios de trabajo, importantes sobre todo por razones de carácter económico. Tendremos que hacer esfuerzos adicionales para encontrar fuentes alternas de financiamiento y trabajar en campos como las artesanías (en donde nos podemos influir mutuamente), el desarrollo de la acuicultura y, en general, el incremento de los intercambios sobre técnicas agrícolas. Existe la posibilidad de contar, para ciertos temas, con recursos adicionales del Sistema de Naciones Unidas. Con China también se llevan a cabo programas para el mejoramiento de diversas frutas y verduras, la detección de aguas subterráneas y la aplicación de técnicas de construcción de vivienda. Colaboramos, de igual modo, en el diseño de estrategias para la preservación de varias especies animales y vegetales. Nuestra presencia en la Cuenca del Pacífico no podrá desarrollarse plenamente sin una relación cordial y concreta con la República Popular de China, contemplada desde una perspectiva amplia, de una o dos décadas al menos.

Con la República de Corea del Sur debemos, sin duda, profundizar nuestras relaciones, principalmente en las áreas científico-tecnológicas. Acaba de firmarse un convenio de cooperación en este marco. Corea del Sur lleva a cabo, con éxito, su propio proceso de desarrollo científico y tecnológico autónomo, realizado a una velocidad superior aun a la de Japón.

En 1990 incrementaremos estas actividades mediante la promoción de seminarios temáticos y un intercambio mayor de estudiantes y conferencistas, como un primer paso para establecer proyectos concretos. El gobierno de Corea ha manifestado interés en empresas maquiladoras y en la industria automotriz. Deben implantarse proyectos de cooperación iniciales en estos campos que induzcan a una atmósfera favorable al conocimiento mutuo, con objeto de precisar los caminos a seguir.

Con Australia y Nueva Zelanda, países con los que nuestro intercambio es muy reducido, como le he mencionado, existe interés por desarrollar programas en torno a la geotermia, la pesca, el cultivo del abulón y la entomología.

Con la URSS, por su parte, debemos estructurar, sobre una base por ahora modesta, un programa de cooperación eficiente: fundamentalmente en las áreas de sismología y ciencias básicas. El Conacyt y la Academia de Ciencias de la URSS han firmado un acuerdo internacional para atender estos puntos.

Se trata de establecer relaciones cada vez más serias con los demás países industrializados y de desarrollo intermedio de la Cuenca del Pacífico, porque nosotros mismos somos parte importante de la Cuenca y porque ello nos va a permitir diversificar nuestras relaciones y hacerlas más ricas y productivas. Tenemos particular interés en fomentar intercambios con Singapur y Tailandia.

Con el desplazamiento del poder económico mundial a las riberas del Pacífico y el surgimiento de nuevos focos culturales, cobra singular relevancia la cooperación integradora con América Latina, región con la que compartimos no sólo una lengua y una tradición histórica propias, sino a la que nos une un destino común.

En América Latina, pese a los conflictos y tensiones, se aceleran y profundizan los procesos de democratización. Complementariamente avanzan los mecanismos para consolidar la integración de nuestras economías. Incidir en la Cuenca constituye la posibilidad de lograr una presencia internacional más activa de nuestros países, lo cual significa, sin duda, la oportunidad de apuntalar nuestras economías beneficiándonos del crecimiento potencial de los mercados regionales.

En este punto, es necesario subrayar que la renegociación de la deuda externa de nuestras

naciones, bien que responda a situaciones específicas, continuará siendo un desafío de cuya solución integral depende el futuro de la existencia planetaria. La renegociación de la deuda mexicana puede significar el inicio de una solución compartida, cuyos resultados van a beneficiarnos a todos.

Tenemos pues que lograr la cooperación para el desarrollo compartido en América Latina; podemos apoyarla en sectores de intereses recíprocos, como pueden ser la agroindustria, la minería, y el turismo por citar sólo tres de los más evidentes. También debe pensarse en dar prioridad a programas de inversión conjunta con la comunidad mexicano-estadounidense residente en Estados Unidos. Ambas sociedades podemos aprovechar intereses comunes y nuestras expansivas potencialidades de desarrollo. Proyectos conjuntos y la realización de negocios mexicano-estadounidenses en la Cuenca pueden tener repercusiones muy amplias.

Lo anterior implicaría que una extensa franja de la ribera americana del Pacífico, desde California hasta Chile, pueda actuar integralmente con base en la unidad del idioma y en los intereses comunes, desarrollando vínculos comerciales, políticos y culturales de primer orden.

Pese a la concreción de muchos de los proyectos en el campo de la ciencia y la tecnología también el futuro es impredecible. Frente al proteccionismo imperante en varios campos de la tecnología, a la guerra de patentes y procedimientos, a la incertidumbre con respecto a cuáles serán las tecnologías que predominarán en cada región, nuestro país promueve la estandarización en los usos de las patentes y la adopción de licencias de uso internacional.

El mundo se abre a la pluralidad y se multiplican los retos y los objetivos. En cada región se perfilan distintos desafíos. Tenemos, insisto, que ser capaces de diseñar acciones a largo plazo; dicho en otras palabras: tenemos que ser consistentes, y saber diversificar nuestra presencia. En el ámbito educativo esto es esencial. Habrá que detectar aquellos centros de excelencia académica que existen en la Cuenca, según nuestras prioridades, y hacer un esfuerzo para enviar a formarse allí a estudiantes y profesionales destacados. Ello nos permitirá ampliar nuestras perspectivas y estar preparados, como nación, para afrontar los desafíos del siglo veni-

dero.

Debemos, asimismo, captar, recibir y divulgar información pertinente y actualizada sobre los temas de investigación que nos interesan, y simultáneamente ser capaces de penetrar, mediante la peculiaridad y la calidad de nuestros conocimientos científicos y tecnológicos en esas sociedades.

El mundo actual es un continuo de relaciones e interinfluencias que se manifiestan en todos los órdenes de la vida cotidiana. A título de ejemplo, en la extraordinaria acogida que en nuestro país han tenido las artes marciales de origen oriental. Este deporte o este conjunto de deportes han sido determinantes en la formación de millares de jóvenes mexicanos. Otro ejemplo ilustrativo puede constituirlo el auge, justificado, que conocen los métodos terapéuticos tradicionales chinos, como la acupuntura.

En México poseemos saberes y destrezas que pueden, igualmente, calar en aquellas sociedades y contribuir al desarrollo y bienestar de la humanidad en su conjunto. Es el caso de la herbolaria tradicional de México, que muy bien podría desarrollarse en contacto con las culturas del Pacífico asiático.

La plena incorporación de nuestro país a la Cuenca del Pacífico representa la oportunidad de tener acceso a mercados no tradicionales y reactivar nuestro crecimiento económico, para crear más empleos, elevar el nivel de vida de las mayorías y estabilizar el desarrollo del país. Nuestra posición geográfica privilegiada nos brinda la ocasión de un acercamiento simultáneo con todas las regiones.

Gracias a nuestra vecindad con el mercado norteamericano, el más grande del mundo, a nuestra ubicación como enlace entre los países de la Comunidad Europea y la Cuenca del Pacífico asiático, y entre el norte y el sur del continente americano, así como nuestro papel en las relaciones Sur-Sur, México debe claramente inscribir su desarrollo en una estrategia de diversificación multidireccional.

Buscamos una mejor inserción de nuestro país en el ámbito de las naciones. México está resuelto a ser un actor en los cambios del mundo y a participar, como lo ha expresado el secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, en la dirección que esos cambios tomen.

Necesitamos pensar con fórmulas nuevas, anticiparnos a los acontecimientos, actuar con se-

riedad y consistencia, con flexibilidad, audacia, y ánimos redoblados para que México tenga una economía vigorosa y el lugar que le corresponde en el nuevo orden mundial. Por lo que hemos obtenido el respeto de la comunidad de naciones y nos aprestamos a iniciar una sólida etapa de crecimiento. Así, frente a la imposibilidad de predecir los cambios y a lo incierto del panorama internacional, sabemos bien, en cambio, lo que México desea: consolidar un proceso franco de apertura y acercamiento con todos los países.

La Cuenca del Pacífico es un horizonte abierto a la cooperación y al entendimiento internacionales, pero puede ser, también, un detonador que profundice la inequidad y los desequilibrios.

El presidente Carlos Salinas de Gortari ha sido claro en señalar que sólo la apertura de los bloques económicos emergentes y un mayor dinamismo del intercambio global orientado hacia la distribución equitativa de los beneficios del comercio internacional, garantizarán la paz y la prosperidad en el mundo.

Estamos, no se insistirá lo suficiente en ello, en el comienzo de una nueva era de las relaciones mundiales. A 500 años del descubrimiento de América por los europeos, los hombres, asombrados, descubrimos un nuevo mundo, nos damos cuenta que habitamos un espacio común y único: nuestro planeta. Comenzamos a darnos cuenta, no siempre con regocijo y sí muchas veces con impotencia e indignación, que la tierra es, literalmente, nuestra casa.

Este hecho, me parece, se encuentra claramente expresado en dos términos que definen procesos capitales de nuestra época, dos términos en que la palabra casa, *oikos* en griego, juega un papel central; me refiero a la economía y a la ecología, es decir, a la recta administración de los bienes que los hombres producimos para nuestra subsistencia, y a las medidas que debemos tomar para preservar la vida en nuestro planeta.

En los fenómenos que ambos términos describen se cifra el sentido último de nuestra responsabilidad como individuos y como miembros de la comunidad mundial. De lo que hagamos ahora en estos ámbitos dependerá, inevitablemente, nuestro propio bienestar y el futuro de las generaciones venideras. De tal modo que asistimos no sólo al surgimiento de un nuevo mundo, sino de una nueva conciencia del mundo. En los albo-

res del tercer milenio los seres humanos nos vemos confrontados con la urgente necesidad de desarrollar nuevos y fructíferos esquemas de cooperación o seremos rebasados por las explosivas fuerzas de la historia.

Debemos trabajar arduamente en la instauración de un nuevo orden, que será ecológico y económico o no será. Un orden donde imperen, sobre todo, la paz, la democracia y la justicia internacionales.